

EL ESPEJO: PASO DEL MUNDO IRREAL AL REAL

Horowitz, Anthony. *La Granja Groosham*. Fondo de Cultura Económica, México, 1988.

Cuando David Eliot es expulsado del colegio, extrañamente aparece la posibilidad de irse a la Granja Groosham, escuela ideal para varones. Pero, en realidad, David es el séptimo hijo de un séptimo hijo, y por ende un brujo. La Granja Groosham es una escuela para que descubra y desarrolle todo su potencial escondido en el mundo de la magia negra, pero él insiste en luchar y rechazar todo lo que pasa a su alrededor.

David no tiene muy claro quién es, ni qué esperan de él, se ha defraudado a sí mismo y a su familia. Aunque no es tan extraño como el director Tragacrudo, que es un vampiro, o el maestro Oxismo, que es un muerto, o la señorita Pedicure que más bien parece una momia, él sabe que es diferente. En la escuela todos los alumnos antiguos son muy raros mientras que los primíparos, al cumplir los trece años, deben someterse a un ritual de iniciación que consiste en atravesar un espejo para descubrir que son igual de encantadoramente malignos que todos los demás.

Este libro trastoca completamente la ficción y la realidad pues sólo a través del espejo puede el personaje entrar en su mundo real y dejar atrás el de la ficción. David debe reconocerse como brujo para parar de reñir contra su naturaleza interna y entender que sólo atravesando el espejo puede conciliarse con aquello que ignora y rechaza de sí mismo.

EL AGUJERO: PASO AL MUNDO IDEAL, PERFECTO Y FANTASIOSO

Canela. *Mona Lisa y el palacio de la papa frita*. Maria Cristina Brusca (ilust.) Editorial Sudamericana, Argentina, 2002.

Mona Lisa está pintando un castillo en una hoja de papel, pero retiñe y presiona tan duro con el color negro que abre en la hoja un agujero. Se mete por ese orificio a un enorme palacio donde todos están preparándose para el baile de la papa frita. Allí dentro Mona Lisa debe montar guardia, fregar el piso, pelar papas y encender las velas antes de ser la princesa del palacio y bailar con todos los asistentes. Sin embargo, debe buscar la manera de regresar a casa cuando siente ganas urgentes de orinar. Y, devuelta en su hogar, la madre la obliga a bañarse antes de darle las papas fritas que le ha preparado. En este caso el personaje ingresa a un mundo de ficción a través de un orificio que ella misma ha creado involuntariamente. Hay un ligero parecido entre los dos mundos, pues la obligatoriedad de responsabilidades es evidente en ambos, pero en el castillo ella es una princesa, sueño de todas las niñas, ataviada en un precioso vestido, zapatitos de seda y coronita de lentejuelas. Solo la necesidad fisiológica del mundo real, puede llevarla a buscar una chimenea para regresar a su casa.

El mundo de ficción, ideal y romántico, se diluye en el real y se añora representándolo particularmente en la corona que se dejó atrás como evidencia de lo acontecido.

La intertextualidad con el cuento de Cenicienta es atrayente: las labores de casa, las cenizas de la chimenea, el baile y el retorno intempestivo a casa. Las ilustraciones del paso de un mundo a otro son surrealistas: papeles que se deshacen y túneles rodadizos. La reiteración, las onomatopeyas y el texto poético concretan todavía más la influencia de la tradición oral en este libro.

CUADROS: LA BÚSQUEDA DE EXPLICACIONES O LA MIRADA AL PASADO

Lester, Alison, *La cama de Isabella*. EKARE, Venezuela, 1998.

Siempre que Luis y su hermana van a la casa de la abuela, duermen en la cama de Isabella. Nunca nadie les ha dicho quien fue Isabella y para la abuela los recuerdos son tan dolorosos que no prefiere no hablar sobre ellos, pero hay demasiadas cosas que tienen historias para contar: la canción que tararea la abuela, el corazón del collar de plata, el baúl a los pies de la cama y los cuadros en las paredes. Una noche, Luis y su hermana se introducen en una de las pinturas colgadas en la pared y en dicho viaje descubren el pasado y descifran el misterio. Se transportan a los Andes, flotan en ríos, atraviesan montañas, vuelan al lado de cóndores y encuentran un corazón tallado en un árbol que les revelará que la abuela es Isabella. Al despertarse, al día siguiente, los niños han vuelto al presente y, sin la necesidad palabras no dichas, ahora entienden a la abuela.

Más que un viaje, la cama de Isabella permite que los niños descubran un pasado y se expliquen un presente. Lo particular del libro es la utilización del cuadro como motivo para iniciar y concluir el trayecto. La estrategia surrealista admite que los sueños les muestren realidades que no conocen, que quede siempre la duda si fue el cuadro el que realmente los llevó al pasado o si la simple presencia de esa pintura allí colgada fue el motivo del sueño como tal.

PERSONAJES DIBUJADOS QUE ADQUIEREN VIDA PROPIA

Zolezzi, Carla. *El niño del dibujo*. Elsa Herrera- Quiñónez (ilust.) Editorial Alfaguara, Perú, 1999.

Camila dibuja un muñeco en una hoja y en la noche, mientras todos duermen, el dibujo se sale del papel, busca letras en un diccionario y empieza a dejarle mensajes. De ahí en adelante surge la amistad entre Camila y el niño del dibujo, quien cada vez pide más cosas en su misma hoja de papel mientras que Camila y su madre deben empezar a agregar más dibujos para acompañarlo. La hoja de papel se vuelve insuficiente para alojar todo lo que el niño del dibujo requiere y Camila y su madre deben trasladar la hoja a un mural en las afueras de la casa, donde todos los vecinos pueden aportar.

“A la viejita del frente le gustaba tanto que decidió armar su maleta y dibujarse en él, para vivir allí por siempre.” (página 27)

El libro termina contando que el mural se extiende por todo el mundo y cualquiera puede seguir agregando allí sus propios dibujos.

Un cuento simple y concreto en el cual el elemento dibujado se convierte en uno de los personajes centrales del libro. Con voz propia va guiando la secuencia, actuando como eslabón en la cohesión social del barrio y de todo el universo, jugando con la complicidad de su autora y generando distintas sensaciones entre observadores y lectores.

ACLARACION

De los cuatro libros mencionados, *El niño del dibujo* es el menos consistente de todos aunque la conversión de papel a realidad está muy bien lograda y causa empatía entre los chicos lectores. Debo agregar que, curiosamente, cada vez que cuento este cuento, los chicos, por iniciativa propia, siempre terminan haciendo un mural gigante en su salón.